



DIRECTORA HONORARIA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera
INFANTA DE ESPAÑA

Núm. 68

Salamanca, Febrero de 1920

Año VII

IN MEMORIAM

DEL

EMINENTISIMO SEÑOR CARDENAL DON JOSÉ MARÍA DE COS
ARZOBISPO DE VALLADOLID

SEMBLANZA ¹

I

EL AMANECER

Es el valle de Cabuérniga uno de los más típicos de la Montaña. Extiéndese al pie de la sierra de Isar, que vierte en él multitud de arroyos que se despeñan de las alturas de Palombera y Cueto Cordel y rinden su caudal al río Saja, en cuyas orillas se agrupan los principales

¹ Con sumo gusto honramos las páginas de LA BASÍLICA TERESIANA con este artículo, primero de una serie, publicado en nuestro ilustrado colega el diario madrileño *El Universo*, por nuestro respetabilísimo Prelado el excelen-

pueblos del valle. Abundan en ellos, tal vez más que en cualquiera otro del Occidente de Santander, las casas solariegas de ancha corralada, solana al Mediodía y escudo de armas bajo alero saledizo un tanto resquebrajado por los años, que evocan la sombra de aquel don Robustiano Tres Solares y de la Calzada, de *Blasones y Talegas*, cuyos ilustres progenitores *hablaban al Rey sin homenaje* y adornaban su escudo con esta leyenda:

«Antes que nobles nacieran,
Antes que Adán fuera padre,
Por noble era insigne ya
La casa de Tres Solares.»

No faltan tampoco desmedradas casucas de sillares desconcertados, pero muy puestas, con escudo de armas sobre una desvencijada ventana, por cuyo hueco asoma el interior oscuro y ahumado de no muy cómoda vivienda. Por esto puede decirse que la hidalguía, tan extendida en la provincia de Santander, alcanza a la mayor parte de las familias de este valle.

De una de ellas nació el día 6 de Agosto de 1838 el que, andando el tiempo, había de ser Arzobispo de Valladolid y Cardenal de la Santa Iglesia Romana. ¹ Su padre, como tantos otros de las provincias del Norte, atendía al sustento de su familia, compuesta de seis hijos, de los que el más joven era el niño José María, siendo un poco labrador y otro poco ganadero, con sus puntas y ribetes de artesano, que tan pronto cultivaba sus tierras como cuidaba de sus novillas o echaba el asta a un *dalle*. Era, además, el padre del cardenal Cos un legítimo representante de aquella raza española de los pasados siglos, de recias y

tísimo Sr. Dr. D. Julián de Diego y G. Alcolea. El continuo y afectuosísimo trato de nuestro Sr. Obispo con el Emmo. Sr. Cardenal Cos, Arzobispo de Valladolid, fallecido santamente en la capital de su archidiócesis el 16 de Diciembre último, hace que esta semblanza, trazada con pluma castiza, tenga toda la verdad de lo vivido y toda la afectuosidad de un cariño que sólo la muerte pudo interrumpir. Ninguna ofrenda más delicada podríamos dedicar a nuestro nunca bien llorado Metropolitano que esta SEMBLANZA que nuestro sabio Prelado consagra a su bendecida memoria, y en la que, para ponerse a tono con el ambiente y la naturaleza en que vió la luz primera Su Eminencia, parece haberse escrito con la pluma del clásico Pereda. Tan jugosas son y en tan limpio castellano están escritas estas líneas de nuestro amadísimo Sr. Obispo.—(N. de la R.)

¹ Sus padres se llamaban Isidro de Cos Salceda y Francisca Macho y Fernández de las Cuevas.

arraigadas creencias y honrados procederes, que hacen adivinar el arnés del caballero aun bajo la modesta indumentaria del labriego o del artesano, y puede asegurarse que en él no desmereció el cristiano y caballeresco mote que de antiguo orla el blasón de la familia Cos: *Pon la vida por la honra y la honra por el alma.*

Educado en las cristianas costumbres de su familia; asistiendo a la escuela del pueblo; oyendo con atención las explicaciones de una tía suya, mujer muy devota y lectora asidua del *Año Cristiano* y de otros libros piadosos, pasó su niñez el futuro Príncipe de la Iglesia, el cual, al llegar a la edad de doce años, era un niño de figura tan atrayente y simpática que se captaba el cariño de todos los que le trataban.

Acertó entonces a venir al pueblo de Terán, cuna del niño José María de Cos, el padre Garriko, de la Compañía de Jesús, que con otro padre de la misma Compañía, recorría la provincia de Santander, dando misiones. No estaba entonces autorizada la Compañía para tener casas en España; pero habían quedado en nuestra Patria algunos padres que auxiliaban a los Obispos en la tarea de dar misiones en los pueblos.

Comenzaron las misiones de Terán con gran concurso de aquel pueblo y de los circunvecinos, que llenaban el templo parroquial de Santa Eulalia. Distinguíanse por su asiduidad a los actos de la misión los niños, siempre bullidores y dispuestos a seguir a los misioneros a todas partes, a entonar los cánticos que les enseñaban los padres Jesuítas y a ocupar el lugar más visible en la Iglesia, no sin que alguna vez fuese preciso llamar al orden a los inquietos muchachos. Durante los sermones se atrajo la atención del padre Garriko un niño de facciones finas, de mirada inteligente y viva, que se destacaba entre todos por su aspecto devoto y ejemplar comportamiento.

Era costumbre de los padres reunir a los niños solos algún rato en la Iglesia con el fin de darles lecciones catequísticas. En ellas los padres les hacían preguntas, no sólo para conocer el grado de instrucción en que se encontraban, sino también para ver la facilidad mayor o menor con que discurrían sobre los misterios de la Fe, de los que se da noticia compendiada en el *Catecismo de la Doctrina Cristiana*. En estas lecciones notó el padre Garriko que se distinguía sobremanera y rayaba a

gran altura sobre todos los demás aquel niño de facciones finas y mirada inteligente que le había llamado la atención en la iglesia; pero guardó para sí por entonces la profunda impresión que el niño le había causado y limitóse a expresar a varios sacerdotes de los que acudían a la misión su sorpresa por encontrar un niño tan instruído y que tan bien discurría. Preguntó su nombre y las circunstancias de su familia. Dijéronle que se llamaba José María de Cos y que era el sexto y último de los hijos de un labrador modesto que vivía en el pueblo de Terán.

Termináronse las misiones, dejando una corriente de cariño y simpatía entre los padres misioneros y el niño José María, que, acompañado de otros amiguitos suyos, acudía a los pueblos del valle de Cabuérniga, y aun a los ribereños del Nansa, donde los padres continuaban dando misiones, asistiendo con asiduidad a los sermones y explicaciones catequísticas.

En el pueblo de Cossío, después de asistir el futuro Magistral de Oviedo a un sermón del padre Garriko, salió fuera de la iglesia, reunió a los demás muchachos y, subido sobre un asiento de piedra que por allí había, predicó con fidelidad notable y gran elocuencia parte del sermón que acababa de oír.

Sabedor del suceso el padre Garriko, conoció que Dios llamaba a aquel niño para destinos más altos que para labrar tierras y cuidar ganados, y dirigiéndose a él le preguntó si querría seguir la carrera eclesiástica. Contestó el niño que ese sería su mayor gusto, si su padre se lo consentía. El misionero, una vez obtenido el consentimiento del padre de José María, no descansó hasta conseguir que fuese admitido en la Preceptoría que tenía establecida otro Jesuíta, el padre Lasa, en el pueblecito de Segura (Guipúzcoa), donde vivía a la sazón una hermana del padre Garriko, que se ofreció a costear los primeros estudios del joven aspirante al sacerdocio.

Llegadas estas noticias al valle de Cabuérniga, dispúsose la partida. Eran en aquellos tiempos los viajes mucho más difíciles y complicados que en los nuestros. Los medios de comunicación eran escasos; los caminos ofrecían poca seguridad; los tropiezos por las turbulencias y asonadas políticas de la época eran frecuentes e inevitables. Por eso no parecía prudente enviar solo a un niño que apenas había traspuesto el estrecho horizonte del valle nativo. Allanó todas las dificultades el genero-

so ofrecimiento de Pedro José, el mayor de los hermanos de José María, que llevaba a éste diez años, que se ofreció a ser guía y ángel tutelar del aspirante a latinista.

Salieron ambos hermanos del pueblo de su naturaleza y, caminando alguna vez en un desvencijado vehículo, las más de las veces a pie, haciendo noche en aquellas destartadas ventas, que en aquellos tiempos eran inexcusable asilo nocturno de los caminantes, llegaron al cabo a Segura, donde el nuevo estudiante obtuvo benévola acogida del padre Lasa.

Una vez instalado el joven José María en la Preceptoría de Segura, dispuso su vuelta a la casa paterna su hermano Pedro José. Acompañóle largo trecho el hermano menor, siguiéndole después con la vista desde un altozano hasta que le ocultó un recodo del camino, y tornóse a la Preceptoría lloroso y entristecido, pero muy resuelto a trabajar con ahinco en el estudio del Latín.

Eran los alumnos que concurrían a las lecciones del padre Lasa todos vascongados, que difícilmente podían pronunciar algunas palabras en castellano y tropezaban en el estudio del Latín con la enorme dificultad de encontrarse con una lengua cuyos giros e hipérbaton eran totalmente distintos de los del vascuence; no fué, pues, difícil al alumno montañés, que hablaba con soltura la lengua castellana, hija de la latina, y había estudiado bien la Gramática de este idioma, colocarse pronto en el primer lugar de la clase.

Supo aprovechar el padre Lasa las buenas disposiciones de su discípulo, y tal maña se dió en enseñarle y el alumno en aprovecharse de las lecciones del maestro, que en período de tiempo brevísimo convirtió el buen Jesuíta al joven Cos en el humanista consumado que tan grandes muestras de su saber había de dar después.

Creyó el padre Lasa que José María de Cos había alcanzado toda la instrucción que podía dársele en la Preceptoría, y expidió a su favor un diploma, que entonces equivalía a la aprobación de todas las asignaturas del grupo de Latinidad y Humanidades, que servían de base al estudio de la carrera eclesiástica, y el joven alumno regresó presuroso a la casa paterna sin haber avisado previamente, porque las comunicaciones entre Segura y el valle de Cabuérniga, sobre ser tardas, eran inseguras y difíciles.

Estaba una noche reunida la familia Cos, como de costumbre, en la cocina de su casa, cuando sintieron que llegaba a ella, abría la puerta, que estaba solamente entornada, una persona que no debía ser desconocida, porque entraba resuelta, sin llamar y sin mostrar vacilación alguna. Apenas tuvo tiempo el padre para preguntar quién era el visitante, porque apareció en la cocina, decidido y alegre, José María de Cos. Levantáronse airados su padre y su hermano mayor, que no podían presumir que en tan breve tiempo hubiera terminado sus estudios de Latín, creyendo que alguna travesura de mal género había obligado al padre Lasa a expulsarlo de la Preceptoría, dispuestos a pedirle cuentas de su mal comportamiento; pero José María les demostró con el diploma que le había dado su preceptor, que sólo plácemes y recompensas merecía. El júbilo de todos fué grande, y así el padre como los hermanos mayores resolvieron que el joven alumno continuase sus estudios, aunque para ello fuese menester imponerse los mayores sacrificios.

II

LAS PRIMERAS HORAS DE LA MAÑANA

Presentóse a poco una ocasión propicia. El señor Obispo de Santander acababa de fundar en Corbán el Seminario diocesano y no perdonaba medio para elevarlo a la mayor altura posible. Eligió profesores a los sacerdotes más ilustrados de la diócesis santanderina; llamó a él a sacerdotes expertos y experimentados de otras diócesis de España y, sobre todo, tuvo el gran acierto de nombrar rector del mismo al sabio y prudente don Saturnino Fernández de Castro, que en poco tiempo hizo florecer en el Seminario de Corbán, al par de las ciencias eclesiásticas, una piedad y una disciplina verdaderamente ejemplares.

El Prelado santanderino no se contentó con promover la formación espiritual de los seminaristas, sino que procuró atraer a Corbán a jóvenes bien inclinados y aptos para el estudio, y con este fin anunció la concesión de cierto número de medias becas a los que acreditasen su buena conducta mediante rigurosos y concienzudos informes y sus talentos y aptitudes por medio de una oposición. Presentóse a ella el alumno de Segura y

obtuvo el segundo lugar entre todos los que acudieron a probar su disposición para el estudio, que fueron muchos.

Conseguida la media beca y habiéndose comprometido el padre de José María de Cos a satisfacer la otra media, pudo este joven ingresar en el Seminario y comenzar sus estudios de Filosofía. En las aulas de Corbán encontró a varios condiscípulos que, formados bajo la dirección del señor Fernández de Castro, llegaron a ser después ornamento y lustre de la Escuela de Corbán. Tales fueron don José Tomás de Mazarrasa, piadosísimo y ejemplar Obispo de Ciudad Rodrigo; don Luis Felipe Ortiz, Obispo de Zamora, de gran cultura y amenísima conversación; don Gaspar Zunzúnegui, gran orador, Magistral de Santiago y Auditor del Supremo tribunal de la Rota, y otros varios.

Distinguió entre todos el Rector al joven Cos, a quien tuvo en tanta estima que, años después, siendo ya Obispo de León, decía a un amigo suyo, también montañés, que "entre los alumnos que habían pasado por el Seminario de Corbán durante su rectorado a ninguno había encontrado tan equilibrado, tan ecuanime ni tan formal como a Cos".

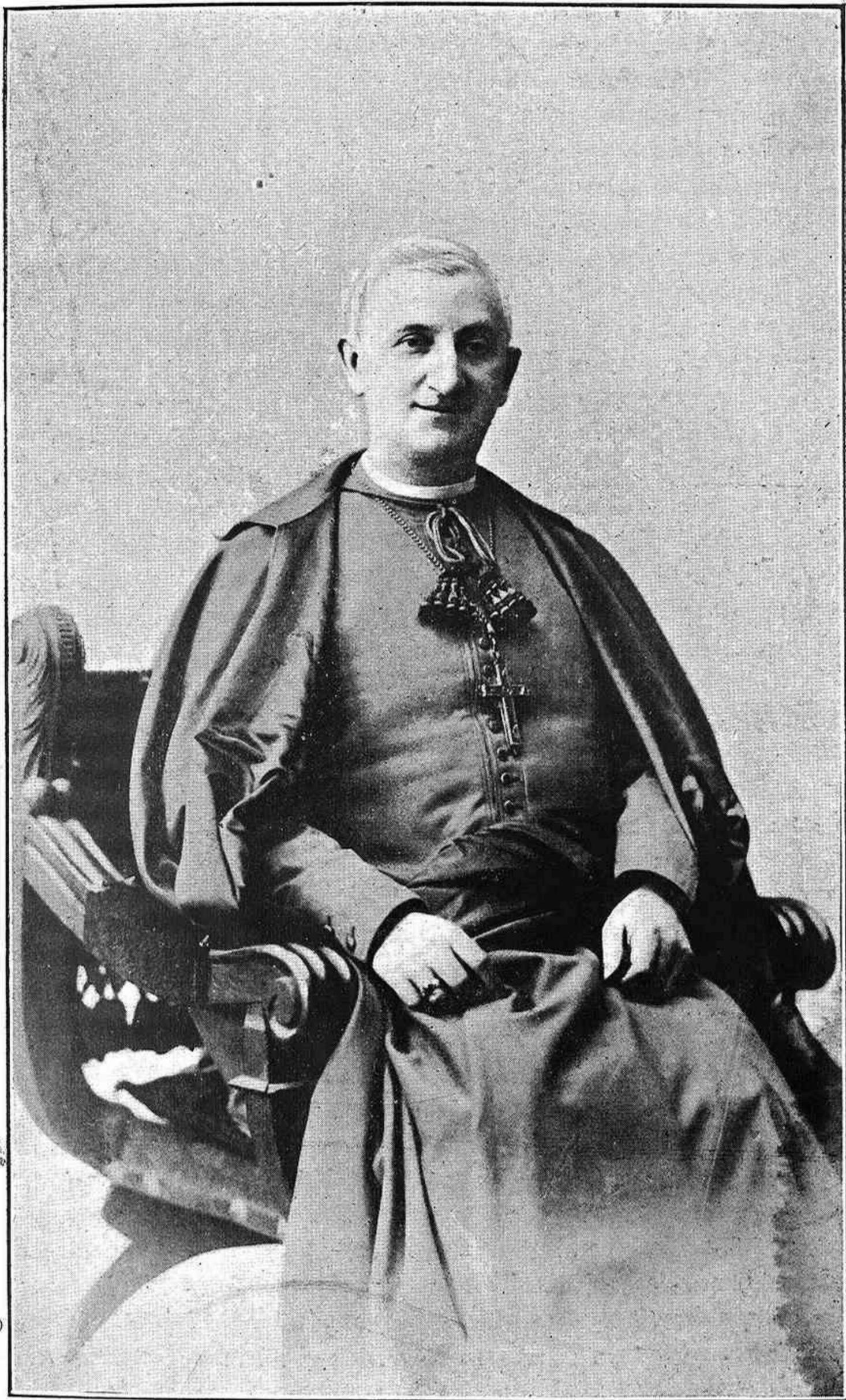
No era, sin embargo, huraño ni retraído, y después de aplicar al estudio el tiempo debido, entregábase a las diversiones que se autorizaban a los seminaristas en los ratos de asueto como el más alegre y decidido de sus compañeros. Sobre todo, demostró una rara habilidad en componer trozos literarios, latinos o castellanos, ya en verso, ya en prosa; en que imitando el estilo clásico de los más notables escritores, enjaretaba donosamente pensamientos totalmente desatinados o se burlaba de algún *lapsus* en que hubiese incurrido alguno de sus compañeros. Tales composiciones burlescas, que Cos solía decir desde la tribuna del comedor en los días en que, por ser muy solemnes, se permitía este género de diversiones, llegaron a hacerse célebres.

Entre estos divertimientos literarios sólo recordaré uno, que el difunto Cardenal consideraba como su mayor travesura durante su vida de estudiante. Antes de la fundación del Seminario de Corbán, para aspirar al sacerdocio bastaba acudir a la Secretaría del Obispado manifestando esta pretensión y acreditando el aspirante su aptitud por medio de certificación expedida por algún preceptor particular, que daba testimonio de que el aspirante poseía conocimientos bastantes para recibir las sa-

gradas órdenes; mas después de establecido el Seminario, el señor Obispo sólo admitía a los que hubiesen estudiado algún tiempo en dicho centro docente y de los que informaba el Rector favorablemente acerca de su ciencia, virtud y espíritu de piedad. Por esta razón vino a caer en Corbán un sacristán de pueblo, hombre ya talludo, muy cerrado de barba y mucho más de mollera, grandote y fornido, de voz hueca y asochantrada, que se vanagoriaba de ser el mejor cantor de *parce miquis*¹ de la provincia y esperaba que esta cualidad había de abrirle de par en par las puertas del sacerdocio.

No era costumbre que la iniciativa para solicitar órdenes partiese de los alumnos, sino que éstos aguardaban a que el Rector los llamase y les manifestase que podían aspirar a tal o cual orden; mas pasaban días y celebrábanse ordenaciones sin que el Rector hiciese la menor insinuación al sochantre de lugar. Lamentábase éste con frecuencia de tales pretericiones y las atribuía a que el Rector desconocía sus excelentes cualidades de cantor, por lo que deseaba ardientemente encontrar ocasión de darse a conocer. Un día en que se quejaba de su mala fortuna en un corro de seminaristas, entre los que se encontraba Cos, aconsejéronle éstos que aprovechase la ocasión de haberse introducido poco hacía la práctica de que los alumnos pronunciasen durante la comida discursos en castellano para ejercitarlos en la composición y declamación y pidiese licencia para pronunciar una disertación castellana sobre las excelencias del canto llano. No pareció mal a Pérez—que así se llamaba el sochantre—la idea de sus compañeros; pero objetó la dificultad de componer un discurso, aunque fuese breve, por no haber jamás acometido empresa de tanta monta. Ofrecióse entonces Cos a sacarle del apuro, con la condición de que todos habían de guardar el secreto y de que Pérez no había de revelar jamás, *sucediese lo que sucediese*, quién era el autor de la pieza literaria. Con esto todo quedó arreglado. Pérez pidió ser uno de los llamados a pronunciar discursos en el comedor, lo que se le concedió sin dificultad, porque eran preferidos los que voluntariamente lo solicitaban; aprendió de memoria el discurso que Cos le había escrito y estudió los ademanes y entonación delante de

¹ En aquel tiempo los cantores de pueblo decían «miqui», «niquil», en lugar de «mihi», «nihil», que decimos ahora.



Emmo. Sr. Cardenal D. José María de Cos, Arzobispo de Valladolid.

† En la capital de su archidiócesis el día 16 de Diciembre de 1919.

alguno de los compañeros que le habían incitado a tal empresa. Llegado el momento, subió Pérez a la tribuna y expuso con gran solemnidad el texto, que era el siguiente: *Psallite Domino; psallite sapienter: Cantad bien canto llano*. Alguna sonrisa causó tan extraña versión del sagrado texto; pero una mirada del Vicerrector, que presidía la mesa, impuso silencio. Pérez, impertérrito, con voz campanuda, comenzó su discurso, en que se enjaretaban tal cúmulo de desatinos, dispuestos tan ingeniosamente y con tanta gracia, que la explosión de carcajadas fué general. Reían a más no poder todos, hasta los Superiores del Seminario, de tal modo, que se interrumpió la comida; y a todo esto, el buen Pérez, tomando el bureo y algazara como señal del mérito incontestable de su discurso, seguía cada vez con más bríos, soltando desatinos, hasta que el Vicerrector le impuso silencio y mandó al malogrado orador que entregase el manuscrito de su fracasado ensayo oratorio. Leyóse éste en la habitación del Rector ante los profesores todos del Seminario, con gran regocijo de los oyentes; y cuando éstos hacían suposiciones diversas acerca de quién pudiese ser el autor de la burlesca composición, pues Pérez, sin titubear, aseguraba una y otra vez que era engendro suyo, el Rector dijo a los demás profesores:

—No se cansen ustedes la cabeza; ese discurso nadie ha podido componerlo más que Cos. Algo pesada ha sido la broma; pero merece indulgencia el autor por la gracia y donosura con que la ha dado.

Gustaba el señor Fernández de Castro, no sólo de que los alumnos de Corbán se aplicasen a los estudios de las ciencias eclesiásticas, sino también de estimular a los más aplicados a que leyesen los clásicos latinos y castellanos y a que se ejercitasen en composiciones literarias. Merced a esta sabia dirección hubo muchos seminaristas de aquel tiempo que se distinguieron por su cultura literaria; pero entre todos rayaron a mayor altura en el manejo de la prosa don Luis Felipe Ortiz y en el del verso don José María de Cos. De entonces datan algunas composiciones poéticas del difunto Cardenal, que logré leer hace ya bastantes años, pero que no he podido encontrar entre sus papeles. Presumo que el autor no las encontró a su gusto y las hizo desaparecer. Eran todas ellas muy sentidas e ingenuas, semejan-

tes a un arroyuelo cristalino, cuyas ondas conservan el aroma de los tomillos entre los que ha tenido su nacimiento.

Cuando ya estaba próximo a terminar su carrera el ilustre montañés, llegó a la capital de la Montaña la Reina Isabel II. Apresuráronse todas las Corporaciones y Sociedades de Santander a honrar a Su Majestad con diversos festejos, y entre ellos con una especie de corona literaria, formada por los ingenios más preclaros de la ciudad. A ella contribuyó el Seminario de Corbán con algunos trabajos literarios de sus más aventajados alumnos. Entre ellos figuró una poesía muy tierna y patriótica del alumno Cos.

Otra ocasión hubo en que demostró de una manera muy señalada sus aptitudes literarias el mencionado seminarista. Habían nombrado primer Arzobispo de Valladolid al sabio transmerano señor Lastra y Cuesta, y habiendo éste elegido para que fuese su secretario de Cámara a don Saturnino Fernández de Castro, vino con tal motivo a visitar el Seminario de Corbán. Creyóse el Seminario en el deber de obsequiar a un visitante tan distinguido con una velada literaria que, fuese a la vez, felicitación entusiasta al Prelado vallisoletano y un adiós de despedida al querido Rector a quien todos amaban como a un verdadero padre. Encargaron a Cos una composición poética, y el alumno predilecto supo pintar con acentos tan tiernos la tristeza de los hijos al perder a su padre y de tal manera conmovió el corazón del Rector, que éste al día siguiente dimitió el cargo de Secretario del Arzobispado de Valladolid, y a pesar de las instancias del Sr. Lastra y Cuesta, no quiso revocar su dimisión.

Sintió, a par del alma, el señor Lastra perder la cooperación del señor Fernández de Castro, cuyos grandes méritos conocía muy bien, y según me manifestó varias veces su sobrino, don Luis Felipe Ortíz, solía quejarse con frecuencia de la mala partida que le había jugado aquel joven imberbe, que había tenido más fuerza de persuasión que todo un Arzobispo.

—¡Aquel Cos, aquel Cos, que me ha robado el secretario!— decía.

Dr. Julián DE DIEGO Y ALCOLEA.

Obispo de Salamanca.

(Continuara).



Lo que fué Santo Tomé de los Caballeros ⁽¹⁾

LA primitiva iglesia de Santo Tomás Apóstol de Salamanca, vulgarmente llamada Santo Tomé de los Caballeros, tuvo su asiento, que todavía alcanzamos a conocer, en el centro de la plazuela de los Bandos, en el mismo lugar, próximamente, que al presente ocupa sus jardines públicos. Era una de las más antiguas y más famosas de la capital, no escasa en mérito artístico para aquellos tiempos (2) y sobre todas ricas urnas cinerarias como luego veremos, las que pertenecían a distintas familias de la nobleza más clasificada de España (3) y a títulos de Castilla, cuya gran piedad con-

(1) Entre los papeles que el laborioso y erudito caballero salmantino don Jacinto Vázquez de Parga (q. e. p. d.), reunió con curiosas noticias e interesantes hallazgos arqueológicos, se encuentra esta descripción de lo que fué la famosa iglesia de Santo Tomé de los Caballeros de Salamanca. Obtenido el permiso de la publicación de su hijo, el ilustre ex-Alcalde de nuestra ciudad, nuestro querido amigo D. Angel Vázquez de Parga, publicamos hoy las notas que aquel buen salmantino, de ilustre cuna y rara cultura escribió acerca de la iglesia que fué su parroquia.

Quede aquí con nuestro agradecimiento para el hijo amigo, un piadoso recuerdo para la buena memoria de su entrañable padre.—(N. de la R.)

(2) No obstante la reforma que sufrió en el siglo XIV, al admitir su ensanche podían admirarse aún sus rudos y apuntados arcos sus molduras de aljerez, ménsulas y mascarones y un artesonado de madera muy bien labrado y de mérito.

(3) Tales como los Suárez de Solís, Condes de Montellano, Figueroas y Maldonados, los Enríquez y Monroyes, Valderas y Quesadas, Rodríguez y Varrillas, Sres. de Villagonzalo, Almarza y Cerralbo, los Godínez de Paz, señores de Gallegos, Avilas y Almaraces, Ovalles y Guzmanes, etc., caballeros que con motivo de desagradable suceso, se levantaron en los siglos XV y XVI, tomando el nombre de Bando de Santo Tomé en oposición al de San Benito.

signaron en cien fundaciones, de las que al terminar el siglo XVIII se registraban todavía unas setenta en los libros de visita.

Sólo la ilustre casa de Almarza dotó catorce capellanías sin contar otras obras piadosas, así como las no menos ilustres de los Varillas y Villagonzalo, que se distinguió por sus cuantiosas donaciones a la Iglesia (1) que erigieran sus abuelos. Desgraciadamente toda esta riqueza ha desaparecido, corriendo la misma suerte que el templo monumentos insignes de la piedad de otros tiempos por las vicisitudes porque ha pasado nuestra católica y desventurada Nación.

Constituían el templo, dos magníficas naves de diferentes épocas (2), erigida la primera para parroquia por el Conde don Vela, segundo poblador de Salamanca y la segunda en 1345 por D. Gonzalo Rodríguez de las Varillas, quinto nieto del dicho D. Vela.

Al folio 76 vuelto del libro de visitas de la parroquia, que principió en 1753, se halla una descripción muy prolija y detallada de lo que era esta iglesia y según ella el retablo de su capilla mayor, era el mismo que se conserva en su sucesora de Nuestra Señora del Carmen, sin dorar, con la imagen en talla del Santo Patrón a la derecha; a la izquierda con la de San Bartolomé, en el centro, en la ornacina principal, la Virgen del Carmen; todo él coronado por un Calvario pintado al óleo en lienzo, con las imágenes del Crucificado, Nuestra Señora y San Juan.

El culto que en ella se daba era muy esplendoroso por los muchos capellanes y beneficiados de ella en sus respectivos al-

(1) Entre otras donaciones, se conserva con las armas de los Varillas, la cajonería de la sacristía en la actual iglesia del Carmen su sucesora, las ampollas de los Santos Oleos, una capa casulla de brocado verde, cáliz y vinajeras de plata, etc.

(2) Por el año de 1345 fué ampliada la antigua fábrica por la munificencia de D. Gonzalo Rodríguez de las Varillas, con cuyo motivo al removerse el altar de San Juan Bautista, se halló bajo de su ara una caja de madera de encina que contenía otra de la misma materia y en su interior un pergamino que fijaba el día de su consagración, diciendo: *Æ Ecclesia consecrata est a Domino Berengario Episcopo Salmanticensi in honore et titulo Sancti Thomæ Apostoli, Sti. Indaletii, Sti. Sebastiani et Sanctorum Justi et Pastori quorum quator ultimorum reliquias ibi possuit quarti Kalenda Julii era 1164*, que equivale al año de J. S. 1126. La invención tuvo lugar a 15 de Octubre de 1752.

tares de Atocha (1), del Santo Cristo de la Zarza, de San Miguel, de San Antonio, de Santa Lucía, de la Aparición de Cristo a Santo Tomás convenciéndole de que era él y había resucitado realmente, y el de San Francisco de Paula, conservándose aún en la nueva iglesia la mayor parte de ellos.

Diez arcadas sepulcrales cobijaban la grandiosa bóveda con que el arte gótico sustituyó al rico artesonado antiguo al tiempo de su prolongación, cinco por cada lado.

En el primero del lado del Evangelio, veíanse los sepulcros de la muy piadosa casa de Almarza y Cerralbo (2), ilustre por sus muchos títulos y mayorazgos de los Varillas, Fonseca, Guzmanes, Ovalles, Monroyes, Nietos y Rodríguez, etc. Estos sepulcros aparecían blasonados por los escudos de los fundadores e inscripción de los Fonseca.

Los del segundo y tercer arco pertenecían a los mayorazgos de los Ruanos.

El cuarto, con dos sepulcros sobrepuestos, era también de los Almarza, según su epitafio: "Esta sepultura es de D. Juan Ovalle y de D.^a Isabel Ordóñez, su mujer, la que falleció en 22 de Agosto de 1509". El de más arriba, con letrero ilegible, era de D. Rodrigo Pacheco, Marqués de Cerralbo.

A la misma familia pertenecía por sus armas y blasones, el enterramiento del quinto arco, en que se veía escrito: "Sepultu-

(1) Del altar de Nuestra Señora de Atocha era patrón el Marqués de Coquilla; del de San Miguel, los Ordoñez de Málaga; del de San Antonio, la Universidad por nombramiento del Dr. Graña Nieto, Catedrático de Prima de ella, oidor que fué de la Real Audiencia de la Coruña y fundador de tres capellanías en esta iglesia; en el altar del Santo Cristo de la Zarza, estaba fundada la cofradía de Animas de la parroquia.

(2) Los Marqueses de Almarza eran presentadores y patronos de las Capellanías siguientes:

De las dos tituladas de los Niños, fundadas por Ruiz González de Vega; de la del Dr. Polonio, sepultado en la capilla de San Juan sobre Tornadizos y Tordelalosa; de la de Juana Rodríguez de Arauzo; de las dos de Catalina de Paz, sobre Paradinas; de la de Pedro Sánchez Calzada; de la de Magdalena de Monroy; de la de Hernán Pérez de Monroy, sobre Garriel; de la de Diego Flores de Almaraz, sobre Parada de Rubiales; de la de Juan Girón Avila e Isabel Rodríguez; de la de D.^a María de Guzmán, mujer de Pedro Zúñiga Palomeque; de la de González Yáñez de Ovalle Juan de Herrera, etc., y a sus casas estaban afectos los aniversarios de los Ovalles Arazos, María de Guzmán, Juan Girón de Avila, etc.

ra de Juan de Urria y de D.^a Leonor de Ovalle, su mujer, que finó año 1478,,.

Al mismo lado del Evangelio y fuera de la capilla, se hallaba otro enterramiento sobre el altar de Nuestra Señora de Atocha, de que era patrono el Marqués de Coquilla (1), con las armas de los Vázquez Coronados, que eran las de sus fundadores y más abajo, en el altar de San Miguel, dos sepulturas de los Ordóñez de Málaga (2) también patronos del altar.

Al lado de la Epístola veíase dentro de la capilla mayor, en primer lugar, el sepulcro de los Almaraces (3), con hermosa estatua yacente de caballero armado, con la espada en la mano y una inscripción en que se leía: "Aquí yace el honrado caballero Alvaro de Almaraz y su hijo Juan de Almaraz; falleció a 23 de Septiembre de 1533,,.

Por bajo había otras dos sepulturas sin epitafio.

En la segunda arcada, sepulcro también de Almaraz y Enríquez, aparecían dos estatuas de caballero y mujer con sus escudos.

En la tercera se hallaba un enterramiento con bulto de caballero armado y epitafio con letras doradas, que decía: "Aquí yace el muy magnífico señor Iñigo (4) de Medrano y Grado, Comendador de León, Mayorga y Castrofuerte, Caballero de la Orden de Santiago, falleció a 13 de Agosto de 1558,,.

El cuarto y quinto arco contenían los enterramientos sin blasones ni epitafios de los Condes de Villagonzalo (5).

(1) El Marqués de Coquilla y Conde de Monterrubio, eran patronos de la Capellanía de Pero Vázquez y Juan Vázquez Coronado, sobre Veconuño y Alberguería, fundada en la capilla de San Juan.

(2) Los Ordóñez tenían su sepultura también en la capilla de San Juan.

(3) Los Almaraces, señores de Sanchón, fundaron capellanía en la capilla de San Juan y eran patronos los poseedores del mayorazgo de los Castros de Ciudad-Rodrigo.

Había otra capellanía de los Almaraces fundada por Diego Flores de Almaraz, sobre propiedad en Parada de Rubiales, el cual fué oidor de la Audiencia de Granada.

(4) Fundó misa de diez y once. Son patronos o eran de la Memoria que fundó Pedro de la Encina y sucesores en sus mayorazgos.

(5) Los Sres. de Villagonzalo, eran patronos de algunas capellanías como la fundada por Pedro Sánchez Calzada (según se cree) y afectos estaban a sus mayorazgos de los Varillas el aniversario fundado por D. Gonzalo Rodríguez, otro de Monroy de Antonio Maldonado, Rodríguez de las Varillas, el de Pe-

Y fuera de la capilla, en los números 1, 2 y 4, tres sepulcros bajo un solo arco con letrero, que decía: "Es propiedad del Doctor Don Juan de Graña y sus descendientes," (1) y en él estaba el altar de San Antonio, de que era patrono la Universidad.

NAVE NUEVA:

Era la del Norte y en su capilla mayor, titulada de San Juan Bautista, estaba fundada la cofradía de Caballeros Escuderos. Tenía bóveda de piedra y cierre con verja; en medio de ella y próximo al altar, se hallaba el sepulcro de los fundadores don Gonzalo Rodríguez de las Varillas y de su esposa, fallecido en 1345 y por cuanto sus estatuas se hallaban gastadas por el tiempo, fueron mandadas retirar por el Juez eclesiástico en 1752 y en su lugar se colocó una lápida con la siguiente inscripción:

"Aquí había un sepulcro con dos bultos de hombre y mujer, que por estar muy desfigurados e indecentes, vistos por el señor Juez eclesiástico, lo mandó quitar y poner para memoria esta losa. Año 1752,".

Con éste eran siete los sepulcros, tres de cada lado, bajo sus arcos embebidos en el muro.

Al lado del Evangelio se encontraba en primer lugar el de D. Juan Rodríguez de las Varillas, hijo del fundador, con estatua yacente de caballero armado y con los blasones de Solís, Varillas y banda que salía de la boca de dos serpientes en tres escudos.

En el segundo arco el sepulcro de D.^a Aldonza Suárez de Solís con tres soles por escudos, varillas y castillos y sobre él la estatua de dicha señora de los Condes de Montellano.

En el tercero, el de D. Gonzalo Rodríguez, señor de Tornadizos, que falleció en 1600.

Había otro además que salía de la pared a la izquierda de la capilla, todo de piedra, con cuatro escudos de los Varillas.

Al lado de la Epístola se encontraba dentro de la capilla de

ranriquez, etc., además de la capellanía que fundó Juana Rodríguez, abuela de López de Sosa.

(1) Catedrático de Prima de la Universidad y oidor de la Coruña, fundó diez capellanías en esta iglesia de que tuvo por patrón al Rector y Claustro de la Universidad.

San Juan, en el primer arco, un sepulcro de caballero armado sin escudo ni epitafio.

En el segundo arco un bulto de mujer en la misma forma.

En el tercer arco, otro sepulcro con estatua de caballero armado sin escudo ni epitafio, todos ornados con diferentes figuras de relieve entero.

FUERA DE LA CAPILLA.

A la parte del Evangelio había cinco arcos; en los dos primeros adornados con escudos, se veía este epitafio: "Aquí yacen en estos arcos los honrados caballeros Antonio Flores, hijo de Diego Flores (1) e marido de Francisca Olivares; falleció en 1541. Estos eran de la ilustre familia de los Almaraces.

En el tercero, sin blasones ni epitafio, estaba el altar de Santa Lucía.

El cuarto estaba en blanco, es decir, sin ocupar.

A la salida de la capilla se veía otro sepulcro con estatua de mujer que la tradición señalaba como de D.^a María Rodríguez de Monroy, llamada la Brava, señora de Villalba de los Llanos, error que vino a deshacer el hallazgo de sus restos en sarcófago que tenía en la iglesia de dicho pueblo que recientemente ha sido enajenado por la familia de Coquilla.

Jacinto VÁZQUEZ DE PARGA,

Correspondiente de la Real Academia
de Bellas Artes de San Fernando.

(1) Diego Flores de Almaraz fundó una capellanía en esta iglesia que dotó con censos y bienes de su propiedad en Parada de Rubiales.





CANTICO ESPIRITUAL

Poned los ojos en el Crucificado y hará-
seos todo poco.

(SANTA TERESA, «Séptimas moradas»,
Cap. IV).

Dejadme con mi Amado
Que le quiero contar todas mis penas;
Y en su pecho apoyado
Las habré dicho apenas
Y El me dará consuelo a manos llenas.

Tú sabes de tristezas
Y ves los corazones doloridos;
Tú ves con qué durezas
Golpean sus latidos
Y escuchas de su pecho los gemidos.

Como la vid podada,
Cuando le son quitados los sarmientos
Semeja lacerada
Sentir tales tormentos
Y da llanto de savia por lamentos.

También ¡ay! mis heridas
Las heridas de un pecho desgarrado
Dentro de mí escondidas
Mi alma han lacerado
Y en silencio ante Tí las he llorado.

Y siempre de tus labios
Brotaron los consuelos a raudales;
Y olvidé los agravios
Y descuidé mis males
Sólo atento a tus goces celestiales.

Mandadme desconsuelo
Señor, pero miradme como Amado;
Que mientras voy al cielo
Será mi bien colmado
Estarme junto a Tí crucificado.

J. ARTERO.



COSTUMBRES POPULARES

SAN ROQUE

IV

SIN la claridad de la luna mediaba la noche sedante y acariciadora, con el dulce y misterioso centellear de las estrellas y el regalado y tibio ambiente henchido de olor de mieses y quietud de campo.

Embriagados de soñera al son de las trovas de los alegres rondadores, los más de los vecinos cabeceaban sentados, en umbrales y poyos las mujeres y en el santo suelo, espalda en pared, los hombres, ya que en cuclillas, a usanza mora, les era imposible a éstos, de no abrir en canal las ajustadas perneras de los calzones.

A la espera del encierro, los mozalbillos más indóciles dormitaban en la caja de los carros tumbados cara al cielo y dando a menudo, como si despavoridos despertasen, fuertes varadas en las teleras gritando: ¡que vienen! ¡que vienen!

Los grupos ambulantes de los cantadores arribaban a la plaza colocándose por ella distanciados unos de otros en alborotada competencia de silbidos y de voces.

En el más numeroso y bullanguero, afinaba la guitarra Vicente, simpático estudiante de medicina. Hijo de la villa y su futuro titular, hay que añadir en su honor que estudiando no perdía curso; aunque, eso sí, para conseguirlo le era tan necesario como el comer, ladear el sombrero sobre la oreja izquierda y rociar la asignatura de turno de una buena ración diaria de literatura lírica, sobre todo punteada y con rasgueo.

A discutir comenzaban de toreros y toros, cuando Vicente

puso fin a las disputas y en silencio a la plaza con unos hábiles trinos, diciendo a los del coro:

—A ver si se afina, que vamos a cantar ahora las coplas de “La Cachucha”.

Y aquella improvisada orquesta entonó animosa la canción aludida:

Rodilla en tierra,
Cachucha al suelo,
Viva la gracia
De los toreros.
Un toro de Peñaranda,
Quién lo había de decir,
Dió la muerte a «Pepe-Hillo»
En la plaza de Madrid.
En la plaza de Madrid,
Plaza del toreo fino,
Donde con el «Chiclanero»
Mataba el «Salamanquino».
Rodilla en tierra,
Cachucha al suelo,
Viva la gracia
De los toreros.

Aguijoneados con la tocata, no se quedaron atrás los que zumbaban la pandereta del grupo de “Tanasio”, y sin dejar a los otros seguir su ruta, se les atravesaron en ella, más decididos cuanto menos filarmónicos, metiéndoles el resuello en el cuerpo con este cantar tan incoherente como “jijeado”:

Viva la media naranja,
Viva la naranja entera,
Viva la «guardia-cevil»
Que va por la carretera.
El cielo estrellado,
La noche serena,
¡Que vienen! ¡que vienen!
Que viva mi tierra.
¡Jiji, jiji!

—¡Fuera esos!—gritó con voz estentórea uno de los de Vicente, pidiendo bronca.

Agacháronse algunos viéndoseles a tientas por el suelo buscar los más abultados pedruscos que comenzaron a rodar de una parte a otra arrancando chispas del empedrado, señal contundente de que aquello se nublaba con preludios de tronar gordo.

Con gran oportunidad en medio del silencio bélico que se hizo en aquel instante, sonaron las campanadas de las doce y surgió en la plaza, cual aparecido entre sombras, un charro que se irguió diligente y audaz.

Era "Forrusco", quien sacando lumbre del pedernal, al primer golpe de eslabón, tuvo encendida la yesca, lanzando al espacio seis cohetes, raudas saetas de fuego que estallaron en las alturas, deshaciéndose en sorprendente lluvia de luces de colores, apagadas apenas nacidas, como se desvanece una ilusión.

¡Viva San Roque!, prorrumpieron llenos de alegría, saltando y tirando los sombreros al aire, los que a poco estuvieron de armarla buena.

Y como era eso lo que la mayoría esperaba para acostarse, confiada y segura de haber entrado ya en los dominios del santo, cerró las puertas de las casas, dejando fuera a los trasnochadores y a los grandullones tan dados al encierro que, sólo por verle, gustaban de pasar la noche en vela y al sereno, repartiéndose los sobresaltos de los ruidos con los chiquillos de las varas, a quienes sus padres permitían que así se holgasen, no sin peligros de los toros desmandados y de la juventud libertina, que es mayor mal.

Por tales razones el alcalde, que lo era de los que no abundan y es lástima se acaben, no cejaba despabilando muchachos a pescozones y zapeando merodeadores de pelo gris, los cuales con el engaño de hacer de cabestros y asustar con el estrépito de cencerros y carreras, se desperdigaban yendo a parar luego, por rara coincidencia, generalmente a las eras, donde entre las hacinas de trigo continuaban otro encierro; pero éste de almuerzas saneadas y escogidas.

Hecha la merma de chicos y maleantes, llegó el alcalde con disimulo a la fuente que manaba rumorosa en las afueras del pueblo.

Allí le aguardaban "Quico", su servicial girasol, y Pedro, el mayoral de la torada. Este, brioso y gentil, apeóse de su caballo sin soltar la garrocha, y después de un "buenas noches, señor alcalde", dicho con desenvoltura sombrero en mano, colocó de diestro las riendas, dejando la brida floja para que el noble animal pudiese más a su gusto despuntar en el arroyuelo la fresca yerba, cuyo paladeo le solazaba.

—Ponte la "gorrilla", galán, que no es hora de "cumplíos", y

vamos al grano. Tú conoces al "ganao," y yo al "presonal," con que a ver si en compañía finiquitamos este enredijo del encierro dándole en las "matauras," —dijo el alcalde sentándose en el reborde del pilón.

—"Me se," hace a mí—se anticipó "Quico," metiendo baza— que debíamos dar un "tiento," "agora mesmo," que está "sosegá," la gente.

—Tú te callas y cuando te "peñisquen," chías. "Váite," a echar un ojeo y vuelve con lo que "haiga," —le impuso el alcalde más que con ánimo de rechazarle, para que no se enterase de los pormenores del encierro, por si había soplo.

Marchóse "Quico," y los dos restantes personajes de nuestro cuento continuaron el diálogo a media voz.

—"Quizaes," —expuso el vaquero con cierta timidez—no venga mal lo que ha dicho el "aguacil,". A la "madrugá," se arma una "patolea," que no hay "cabresto," que aguante las "espantás,".

—¿Y tú crees que los toros y novillos "jariegos," que nos traes salen al "escampao," y se meten en la plaza del pueblo como en el "vaqueril," de la dehesa, a "escuras," y tan "aina,"?

—Con los mansos que traigo como si "careara," ovejas, señor alcalde. Ni mosquean. A la "corribanda dende," el mojón de la raya, "laera," abajo, no ha "nacío," el toro que se me vuelva "p' atrás,". Considere "osté," que yo he "metío," una "corría," grande del amo Juan en Pamplona, "arreo," y sin hacerme uno punta.

—"Aguate," un poco y no corras tanto, Pedro. Ese es tu oficio y bien sé lo que se "deprende," viendo tierras, que sin salir de las mías, a cada una he de dar lo suyo y a la que es "centenera," no la echo trigo. Si la nuestra "corría," te "paice," chica, por eso no hay que "envairse,". Yo te aseguro que a estas horas hay más de cuatro guasones, que yo conozca, "encamaos," como liebres en los surcos de los rastros, a la escucha de los "zumbos," y en "cuantis," los sienten encima, ya los tienes encendiendo aunque sea pelos de lobo, con tal de darnos la noche y la mañana y hacernos andar de mollera todo el día.

No dejó de rascarse el cogote el mayoral; pero insistió el hombre en su tema, hasta el punto de ser ésta una de las contadas veces en que cedió el alcalde, quien para acabar pronto le dijo:

—Bueno. Tú dame los novillos en la plaza y manda en ellos como quieras, que tú los traes. No me vengas luego con lilailas

de si por mi culpa se descaderó una res y hay que pagarla. Con que vamos al "acabijo," y no seas tú el zaguero.

—"Osté," descuide que yo me comprometo a que han de entrar "súpitos," y si no a la rastra, que sin "corría," no se queda hoy el pueblo—terminó el vaquero preparando su cabalgadura y asentándose con garbo en la silla vaquera dispuesto a marchar.

--En eso estamos conformes tú y yo como dos mellizos. Sin "corría," no se queda. Como que si no hay novillos, ahora que ya los están catando, ríete de Pamplona, "nos," torear a tí y al concejo. No te quepa duda, galán.

Quedó solo el alcalde y al sentir en su alma el embeleso del rumor de la fuente, pensó en la naturaleza que le rodeaba alzando sus ojos al cielo que para contemplarle le hizo Dios tan hermoso como estaba aquella noche, y admiró que también por arriba andaba la fiesta en su punto, según se lo dieron a entender las numerosas estrellas fugaces que de vez en cuando en todas direcciones le cruzaban. Una, en franca huída, traspuso resuelta la ondulante serranía de Béjar, yéndose a perder camino de Extremadura, mientras que otra, de espléndido reguero luminoso, fué Duero abajo como a tirarse de cabeza al mar.

Y se hubiera dormido con tan gratas emociones dando gusto a su cansado cuerpo; pero el deber le retornó a la brega y cuando el mayoral trasponía la cuesta, pronto a volver con la torada, ya iba el celoso vigilante al encuentro de "Quico," y con rumbo a los tejares, desfiladero peligroso, donde le parecía haber visto una sombra humana esconderse como conejo en la hura.

La fuente, alegre y bullidora, siguió dibujando estrellas en el espejo cristalino de sus aguas, riente a borbotones, plena de dicha y sin envidiar a sus melancólicas hermanas granadinas del Alcázar de las perlas, eternamente envueltas en la atmósfera escalofriante de la umbría, prisioneras en redes de follaje sin poder ver el sol ni recrearse en el cielo sino a través de las mallas como cantan los poetas.

Las dos serían cuando Pedro y los suyos con el ganado aparecieron por la ladera, avanzando rápidos entre las sombras para evitar toda sorpresa; pero una bengala de luz vivísima y roja, traidoramente lanzada al testuz de "Perdigón," al pasar por los tejares, bastó para deslumbrar a los animales, haciéndoles volver ancas y con furiosa huida desmandarse por aquellos contornos, donde, a las diez de la mañana aún sembraban el

espanto, sobre todo entre la gente forastera que de los pueblos circunvecinos acudía en bandadas a presenciar la fiesta.

Para poder acabar aquello que parecía no tener fin y evitar de alguna manera ruidos y sobresaltos, hubo que suspender la alborada de dulzaina y tambor que, según costumbre alegremente venía todos los años a despertar a la villa; y hasta se tomó el acuerdo, con el permiso del señor Cura, de retrasar los toques de misa, no hiciera el diablo que se recelaran más los toros y con el achaque del encierro se quedaran sin ella los que tan fútilmente suelen tener a mano los pretextos para no oirla.

De cómo andaban de alborotados los bravíos ejemplares de la dehesa, daban idea los abrasadores rayos del sol y las enardecidas cabezas de los vecinos del lugar, las que, con ser tantas, no discurrían el medio de meter en el corral aquellas fieras negras.

El arrojo selvático de Pedro, el mayoral, siempre duro como los cantos de su honda; la mansedumbre de los cabestros que a veces parecían seres con inteligencia; la ayuda de José Luis y otros mozos arrogantes a caballo; las pedreas de los que como "Tanasio," y "Colás," resistían temerariamente a pie las acometidas; nada, en suma, podía con el resabio de los astados brutos

Y así hubieran estado el día entero, corriendo de una parte a otra, jinetes, peones y toros, repartiendo sustos y revuelcos, a no ser por la ocurrencia del avisgado alcalde de encerrar toda la vacada del pueblo.

De tan hábil modo la torada, envuelta y oprimida por más de un ciento de erales y bueyes, terneras y vacas, llegó a la calle del pueblo que conducía a la plaza y por aquélla, digno de rapsodia homérica, se precipitó al galope de su nervioso caballo, hendiendo veloz el aire, el mayoral fornido, barboquejo echado, garrocha en ristre y en bandolera la honda, golpeándole los estribos los sonoros cencerros de los cabestros y alcanzándole en estrepitosa carrera aquella muchedumbre de cuernos, azuzada como jauría por el vocerío atronador de la multitud humana oculta en nubes de polvo.

Como abanico se abrió aquel torrente al desbordarse en la plaza y, hecho el apartado de rigor, allá entraron, por la no ancha puerta del corral lindero, y como dóciles ovejas, los novillos y toros de la corrida a tumbarse y descansar.

Mariano ARENILLAS SAINZ.

(Continuará).



Estudios de investigación histórica

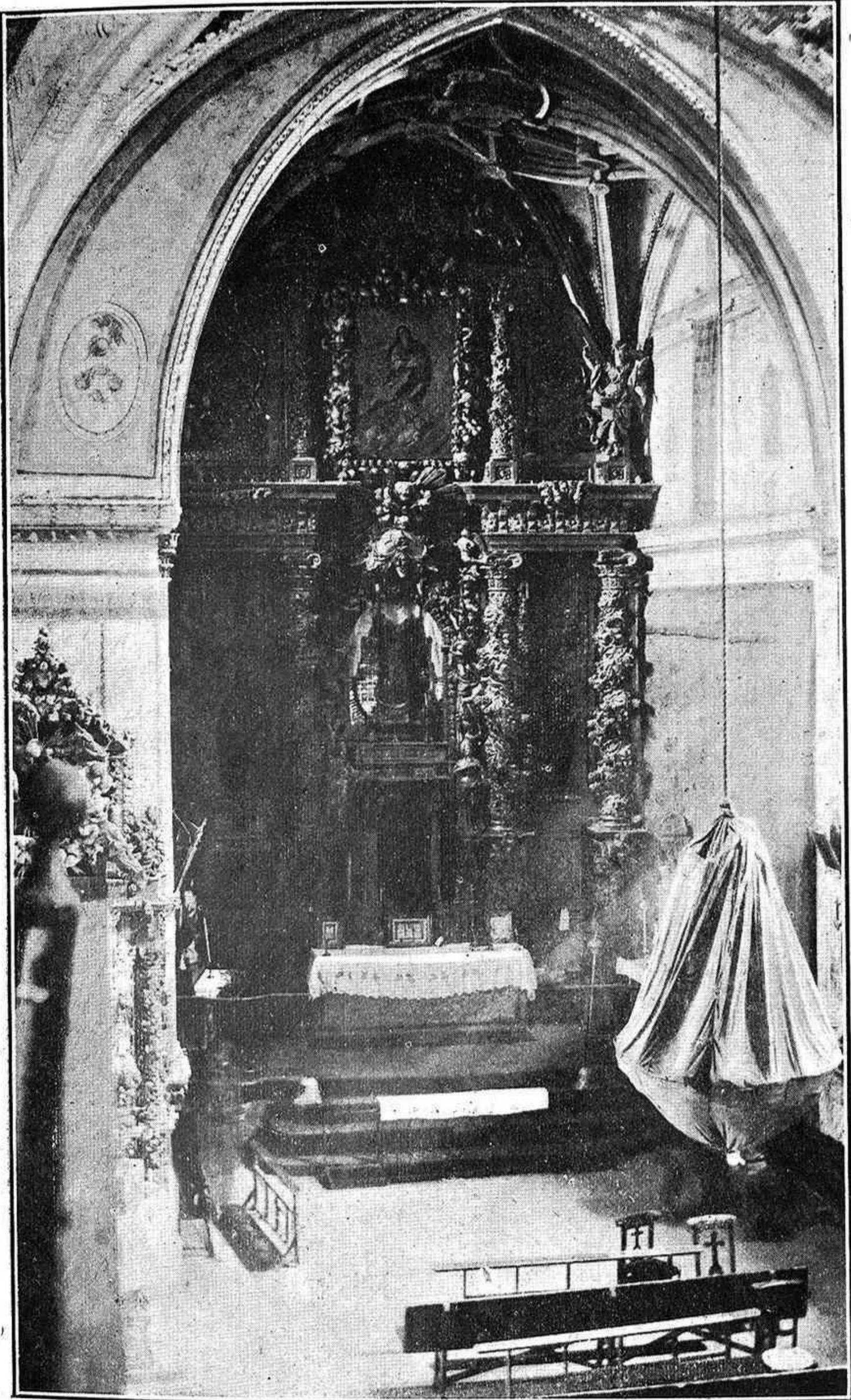
EL RETABLO DE LA VIRGEN DE LOS REMEDIOS

No me sería dable quizá, si lo pretendiera, reflejar la devoción que la Salamanca de otros tiempos sentía por la veneranda imagen de la Virgen de los Remedios, que al presente se adora en el altar mayor de la antigua iglesia de San Julián; pero he hallado varios documentos que a ella hacen relación, y me ha parecido muy del caso darlos a conocer en estas páginas, máxime cuando entre ellos se tropieza entre otros nombres con el del ilustre civilista salmantino (aunque de Vitigudino fuera por su nacimiento) Dr. D. Francisco Ramos del Manzano, que para dejar perenne muestra de su devoción por la imagen de Nuestra Señora, consiguió de la fábrica de la parroquial de San Julián levantar el arco que cobija su estatua orante en el altar mayor de la referida iglesia.

A Ramos del Manzano pienso dedicarle más de un recuerdo en esta sección, no con ánimo de escribir una biografía más, sino con el de ilustrar algunos pasajes de su vida utilizando materiales inéditos; como algunos pasajes de su vida se enlazan con el culto a la Virgen de los Remedios, me ha parecido muy del caso empezar por recoger las escasas citas que he hallado tocantes al esplendor de ese culto a la Virgen.

* * *

El Obispo de Salamanca, D. Cristóbal de la Cámara y Murga, Alumno y Maestro que había sido en la Universidad y que ocupaba la silla diocesana desde 16 de Enero de 1636, visitó en 3 de Mayo de 1639 la iglesia de San Julián: entre otros particulares, que no hacen al caso, deja ordenada la forma cómo han de ser recogidas y guardadas "las joyas de oro y plata, tocas, ro-



Salamanca. Retablo del altar mayor de la iglesia de San Julián y Santa Basilisa.

sarios, cera y otras cosas, que muchas personas por su devoción ofrecen a Nuestra Señora de los Remedios,,. Esta devoción se tradujo en el acuerdo de trasladar la imagen de la Virgen al altar mayor, y colocar la del patrono titular donde se hallaba la de la Virgen, en lo que quiere simular crucero, al lado del Evangelio (1).

No parece que se trató de poner en práctica este proyecto hasta 1651. De un acta sin fecha, extendida al parecer antes de celebrarse la Junta de parroquia, y consecuentemente en forma fragmentaria, se viene en conocimiento de que en el año 1651, siendo Cura párroco de San Julián D. Pedro Velázquez y mayordomo de fábrica D. Juan de Añaya, en Junta a la que asistieron muchos parroquianos, el referido D. Juan de Añaya propuso, vista la necesidad de hacer el retablo, y esperando, de la gran devoción que los vecinos de la ciudad y los de fuera de ella tenían a Nuestra Señora de los Remedios, que se alentasen a dar sus limosnas, se pusiese en ejecución la obra, y que para ello se hiciese lo siguiente: Y sigue el acta, "Lo primero que para la traza del retablo se han de buscar maestros que la hagan de toda satisfacción...". Nada más sabemos de la tal Junta, ni si se celebró; porque el acta queda cuando mayor interés empezaba a despertar su lectura, y no tiene pie ni firma de ninguna clase.

Los libros de cuentas al hacer las de la Mayordomía de Añaya de los años 1651 y 1652, nos indican algo más en concreto, a juzgar por esta partida:

Traça del Retablo. Mas doçientos que pago a Alonso de Balbas de la traça planta y alçado que hiço para el Retablo del altar mayor y mas diez quartos a Segoviano pregonero del pregon del Remate del Retablo y mas nueve reales que se dieron a Marcos de Miranda por lo scrito y firmas del señor 7.178

(1) El dato que precede y todos los que siguen, están tomados de dos registros que se conservan en el Archivo parroquial de San Julián, que he podido examinar gracias a la amabilidad de mi respetable amigo, el Párroco de Sancti-Spíritus, D. Juan F. Peñalvo. Estos dos *Registros* son: el de acuerdos, actas de visita y elecciones de mayordomos de la referida parroquia, desde 1624 en adelante; y el de cuentas de fábrica de la misma parroquia que comienza en 1623.

Provisor para el remate del Retablo que todo monta docientos y onze Reales y quatro maravedis. Consto de su memorial y carta de pago.

En esa misma cuenta encontramos otra partida en la que se dice que Ramos del Manzano, del Consejo Supremo de Su Majestad, había sido Mayordomo de Nuestra Señora de los Remedios el año de 1651, coincidencia que me permito recoger para no suponerlo ajeno a la obra que habría de contribuir a dar mayor esplendor al culto de la sagrada imagen (1).

En las cuentas de mayordomía de los años de 1653 y 1654 no he visto dato alguno, pero cuando D. Juan de Añaya vuelve a ser mayordomo en 1655, encontramos partidas de interés: Pedro Fernández (otras veces Hernández), escultor, hace unas Historias para el retablo; Jerónimo Sánchez, ensamblador, hace el retablo, y Juan García, cerrajero, hizo la reja de hierro para la ventana del altar, por la que cobró 1.156 reales. De Pedro Hernández he hallado mención en un acta del libro de acuerdos de 15 de Enero de 1647: al hacer la enumeración de los parroquianos que asisten a la Junta se lee el nombre de "Pedro Hernández, escultor", (2).

La obra del retablo adquiere mayor vuelo mientras fué Mayordomo D. Antonio de Castro Ordóñez (otras veces Antonio Ordóñez de Villaquirán), Conde de Montalvo, Caballero del hábito de Alcántara, durante los años de 1656 y 1657. Su devoción le llevó a hacer limosnas para adelantar las obras, al punto que al cesar en 1657, se le encarga que asista a la obra en los años sucesivos: por "el piadoso celo con que S. S. ha cuidado de la obra del retablo del altar mayor, por cuyo cuidado ha llegado al buen estado que hoy tiene le dieron muy cumplidas gracias de parte de la dicha Iglesia, y le pidieron continuara en ello hasta la perfección de la obra por ser tan del servicio de Dios, y lustre de dicha Iglesia",.

(1) Otros muchos ilustres hijos de la Universidad salmantina, eran también devotos de la Virgen de los Remedios. González Téllez, en una de sus obras, dice que ningún universitario pasaba en sus tiempos por la capilla de Santa Bárbara, a sufrir el examen de licenciado sin antes haber pedido protección a la sagrada imagen. Muchos en esta ocasión acudieron con sus limosnas a la obra del retablo.

(2) Tenía encargo de hacer dos ángeles para la coronación del retablo y cuatro cartelas.

No se halla mención de interés en las cuentas de los mayordomos D. Juan Ventura de Retes (años 1658 y 1659) y Pedro Sánchez Borbón (1660 y 1661). Nombrado Mayordomo Juan González, Alcaide de la Cárcel Real, y celoso-devoto de la Virgen de los Remedios, según consta en más de un pasaje, Jerónimo Sánchez, ensamblador, vecino de esta ciudad (1), hace la liquidación de lo que tenía que percibir por la parte tomada en la ejecución del retablo. No le bastaron a Juan González las limosnas (2), aunque algunas hubo de 200 ducados, como la que recibiera de Ramos del Manzano, Oidor del Consejo real de Castilla y Presidente del de Indias, y arbitró recursos extraordinarios, entre ellos, debido a buen seguro a las relaciones de su cargo, el de conseguir del Teniente de Corregidor, que aplicase algunas de las condenaciones que hizo a nuestra Señora de los Remedios.

Por eso figuran en el cargo: ocho reales de una condenación de dos hombres que riñeron; veinticinco de otra a un mercader en cierta causa que se le hizo porque juró; diez reales en que condenó verbalmente a un mozo porque jugó con el hijo de la Roma, y otros diez al hijo de la Roma porque jugó a los naipes; quince reales a Juan de las Viñas porque riñó con su mujer; veinte de la condenación de Thome Pérez, asadero, y otros dos hombres, sobre que quitaban la piedra de la Asadería; ocho reales a dos hombres que riñeron con otro, que llamaban Toledo, y otros ocho al Toledo porque había reñido con esos mismos hombres; quince reales en que condenó verbalmente a un hijo de Juan Gome, sobre que se vistió de mujer; diez reales de una mujer que vive en la calle Larga porque riñó con otra; otros diez en que condenó a Acosta porque andaba en la apedrea; veinte reales a Inesilla la saludadora; veintidos a unos albañiles por haberlos topado en casa de la hija de Matapegas; cien reales de condenación al Sr. D. Fernando de Añaya, por cierta causa que se le hizo; cuatro reales de a ocho a José Gaytan, alguacil, porque no quería acudir a salir de noche de ronda; treinta reales de una loba de seda que un estudiante dejó, huyendo de la justicia en casa de una mujer; veintinueve y medio en que se conde-

(1) Un Jerónimo Sánchez rinde las cuentas de la Mayordomía de Sánchez Borbón, su hermano: queda por averiguar si se trata de la misma persona, o si son distintas el ensamblador y él.

(2) Entre los donantes figuran la Universidad, el Colegio de Cuenca, y muchos claustrales.

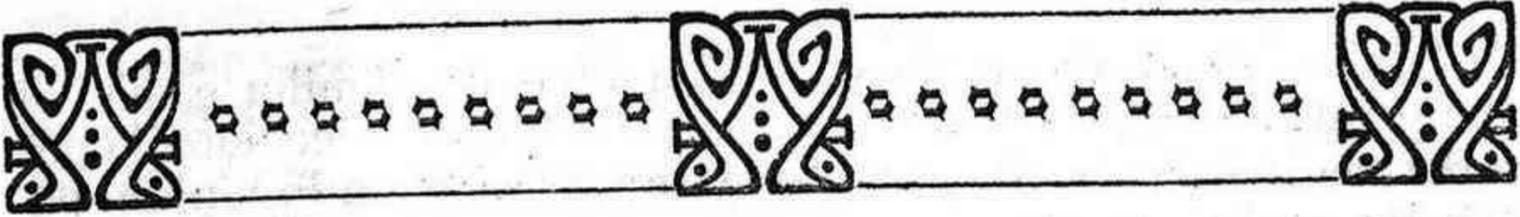
naron a Saldaña y a María de San Juan por haberlos topado juntos; cinco reales en que fué condenado un mozo torero, y otras muchas más, que no sólo aumentaron la cantidad de las condenaciones, sino que nos ayudan en parte a formar idea de la vida y de la sociedad de la Salamanca de la segunda mitad del siglo xvii.

Estos recursos los utilizó en completar la obra del retablo, y en el dorado del mismo: a Aguilar, el pintor, se le dan ciento cuarenta y siete reales por pintar y dorar la Virgen y los Angeles "que están de la parte de afuera del arco de la Iglesia"; a Valenzuela y a Domingo Nieto, pintores, por dorar el retablo les abona sólo en la cuenta del año 1663 más de 2.000 reales. A Rojas, escultor, se le da una pequeña cantidad por lo que hace en el retablo (las imágenes de San Joaquín y San José, y unas historias de Nuestra Señora). En la cuenta del año siguiente aparecen abonadas a los referidos Domingo Nieto y Antonio de Valenzuela, difunto, la suma de 15.413 reales por saldo del concierto de la obra del retablo. Juan Rodríguez, escultor, percibe también cantidades por dos ángeles que ha hecho, y cuatro más que le encargan para la corona de la Virgen, y otro escultor, Francisco García, cobra también una cantidad por un florón para el camarín.

En el año 1665, siendo mayordomo de fábrica el citado Juan González, se le tomaron cuentas de las obras que se habían hecho para terminar el retablo donde hoy está colocada la Santa Imagen de Nuestra Señora de los Remedios. En esas cuentas figura una partida dada al platero Antonio Sánchez, a quien además se entregaron 146 onzas de plata para hacer la peana.

La Iglesia, para conmemorar la terminación de la obra del retablo, celebró misa mayor a honra y gloria de Dios Nuestro Señor, por haber sido servido que se acabase el retablo de Nuestra Señora, cosa muy deseada por la ciudad y sus devotos. Esta festividad dió motivo a conservarnos el nombre de Gaspar del Aguila, músico, que asistió a la misa con su arpa; otro músico tocó el rabil. Pero no sólo fueron fiestas religiosas las celebradas: hubo también las acostumbradas luminarias, y la correspondiente fiesta de toros, costeada por los devotos de la Virgen, epílogo sin el cual no parece haya podido celebrarse ninguna festividad en la Salamanca de otros días, ni aun las revestidas de mayor fervor religioso.

A. HUARTE.



EXAMEN DE LIBROS

Las Pastorales de Cuaresma: LA IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS EN LA FAMILIA,
por el *Arzobispo de Granada*.

TODOS los años, en este santo tiempo de penitencia, se deja oír la voz paternal de los Prelados. Las pastorales de Cuaresma caen en los corazones cristianos como lluvia de salud, medicina prodigiosa que todas las primaveras nos regalan los que profesan la más elevada cura de las almas. ¡Qué rica serie de remedios, qué suavísimos bálsamos ungidos en óleo de caridad y con qué amor se rocían en las heridas de nuestro corazón por nuestro glorioso Episcopado! ¡Con qué ojo avizor y experimentado buscan la llaga para nuestra curación! Oh dichosa solicitud de los pastores de Israel, ¿por qué no oyes, pueblo escogido, a tus Profetas? En su voz está la dicha, el remedio y la salvación eterna. Escucha y obedece.

.....
Ni más oportuna ni más trascendental cuestión puede tratarse en estos tiempos que la que motiva la pastoral del sabio y virtuoso Sr. Arzobispo de Granada, *La imagen y semejanza de Dios en la familia*.

Hoy que la batalla más encarnizada de los enemigos de Cristo se libra contra la familia, queriendo arrancar de cuajo sus solidísimos cimientos para aventar los puros goces del hogar y desterrar a Dios de la casa, da la voz de alerta el Prelado granadino, ponderando primeramente la presencia del Señor en la familia que recibe de El la dignificación y la vida para luego indicar los remedios a fin de vencer las funestísimas opiniones que este siglo voltario y revolucionario propala a los cuatro vientos para descristianizarla.

El modelo arquetivo de la por antonomasia sagrada familia de Nazaret, debe estar perenne ante nuestros ojos en unión de amor, de trabajo y caridad cristiana.

Gracias a Dios, en nuestra tierra salmantina aún es la fami-

lia lo más acendrado y tierno... El padre de familia gobierna con prudente rigor y la madre, reina del hogar, aleccionada por otras madres *perfectas casadas* y santas *amas* a lo Galán, ponen ternura y suavidad en la casa, fieles guardadoras de los preceptos de la Iglesia.

La práctica religiosa más familiar, el Santo Rosario, aún se escucha en los salones de intimidad como en las típicas cocinas campesinas y todos rezan este rosario viejo cuyas cuentas han pasado generaciones de madres santas que ya gozan la paz del Señor.

Pero el fuego del hogar puede apagarse y es preciso avivar de vez en vez su llama. Y nada conforta y calienta tanto nuestras almas como el Sacramento del Amor, la Eucaristía, "divino alimento del Cuerpo y Sangre de Jesucristo que inicia la fe, sostiene la esperanza y fomenta la caridad," restaurando la imagen de Dios en la familia. Con gran oportunidad recuerda el sabio Prelado las frases de nuestra benditísima Santa Teresa de Jesús "de otro pan no tengamos cuidado,".

Muy bellas y fervorosas frases entona el Prelado granadino para encomiar el fruto de la comunión frecuente como la base y fundamento de la familia cristiana en el tiempo y dulce presagio de eterna bienaventuranza y termina con una cariñosísima exhortación en favor de la familia obrera, del hogar pobre donde son más fuertes las acometidas del enemigo y más fácil el arraigo de las propagandas revolucionarias. Recuerda el señor Arzobispo de Granada las frases del insigne Balmes que ya entrevía el problema social; "hay que hacer buenos a los obreros y hacerles bien," que es todo un programa de regeneración social: hacerles buenos y hacerles bien. "Es una gran verdad—dice el Sr. Arzobispo—; estudiemos el modo de hacer buenos a estos hermanos nuestros que por sí no son malos, pero sin duda están mal dirigidos o mal aconsejados, y reflexionemos si se les hace todo el bien posible cumpliendo con las leyes de la justicia realzada con la caridad. Los haremos buenos, cooperando eficazmente a su moralización por los medios que enseña la experiencia en la vida obrera, y hagámosles el bien retribuyendo justa y discretamente su trabajo, cumpliendo las leyes sociales, y reprimiendo las arbitrariedades,".

¡Dios quiera premiar la pastoral del virtuoso Sr. Arzobispo de Granada para mayor gloria suya y provecho de las almas!

A. G. B.



Fiesta onomástica de nuestro Excmo. Prelado.—El día 16 de los corrientes celebró su fiesta onomástica nuestro amadísimo y sabio Prelado el Excmo. Sr. Dr. D. Julián de Diego y García Alcolea. Con tan fausto motivo, el Palacio de S. E. fué visitadísimo por cuanto en Salamanca tiene más ilustre significación, llenándose de firmas los pliegos al efecto colocados en el vestíbulo del Palacio Episcopal.

A las muchas felicitaciones que ha recibido nuestro señor Obispo, unimos la de la Redacción de LA BASÍLICA TERESIANA con el más respetuoso afecto.

— — —

Conferencias cuaresmales en la capilla de la Universidad de Salamanca. La Junta de Capilla de nuestra Escuela gloriosa ha tenido el acierto de organizar un sugestivo programa de Conferencias cuaresmales, que tendrán lugar en la majestuosa capilla del Estudio, y que están a cargo del muy erudito y elocuente Prior de Dominicos de San Esteban, de esta ciudad, R. P. Fr. José Cuervo.

Los días y temas de las Conferencias son los siguientes: Viernes, 27 de Febrero, conferencia sobre *La idea y la acción*.—Viernes, 5 de Marzo, tema: *La verdad integral*.—Viernes, 12 de Marzo, tema: *Pensamiento libre*.—Sábado, 20 de Marzo, tema: *Conciencia libre*.—Lunes Santo, 29 de Marzo, tema: *Cristo y el espíritu contemporáneo*.—Miércoles Santo, 31 de Marzo, tema: *La religión del espíritu*.

A las siete en punto de la tarde.

— — —

Las cuentas de las obras de la Basílica.—En el número próximo (D. m.) publicaremos las cuentas de las obras de la Basílica de Santa Teresa de Jesús, en Alba de Tormes, correspondientes al año último.

DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BASILICA EN ALBA DE TORMES (1)

	<i>Pesetas Cts.</i>
<i>Suma anterior</i>	27.308 25
Doña María del Amparo Mantilla (de Llanes), lo recaudado en su coro	6 45
Doña Filomena Martín Pérez (de Burgos), como sigue: doña Filomena Martín, 1,20; doña María González, 1,20; doña Teresa Fernández, 3; doña Tomasa Echeverría, 3; doña Micaela Coloma, 3; doña Patrocinio Valau, 2; doña Angela Ontoñón, 1,20; doña Candelas Miguel Olibau, 3; doña Francisca González, 1,20; doña Celedonia Lagarua, 1,20; y doña Flora Flores, 5.—Total....	25
<hr style="width: 20%; margin-left: auto; margin-right: 0;"/> TOTAL.....	<hr style="width: 20%; margin-left: auto; margin-right: 0;"/> 27.339 70

(1) Se reciben en el Palacio episcopal, oficinas de Secretaría.

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado.